

sayos que venían haciéndose de él durante el invierno, fueron motivo de conversación obligada en todas las casas». Un periódico escribía, comentando la fiesta: «No ha sido un suceso más o menos saliente, no; ha sido algo más, mucho más... un acontecimiento que entra en la categoría del arte y del que perdurará el recuerdo».

Y, efectivamente, el recuerdo perduró. Los que no alcanzamos a conocer la fiesta, la oímos referir con todo detalle, muchos años después; las bailarinas de entonces—abuelas de hoy—siguen evocando la noche aquélla, que en los anales de la sociedad cacereña quedó recogida—y no hay ironía en la afirmación—con el mismo destaque con que la Historia de España recoge la gesta de Covadonga, el descubrimiento de América o la batalla de Lepanto.

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO



IDEARIO EXTREMEÑO

La filosofía es la perfección de la voluntad, y el maligno, el destructor, el envidioso, el delator, el malsín y el enemigo capital de las tareas o felicidades ajenas no pueden pasar por filósofos, sino entre sí mismos, y aun por eso son ellos los que se aplican a sí mismos este venerable renombre, desacreditado miserablemente por el abuso que han hecho de él tales sabandijas.

La filosofía es la modestia, la decencia, la desconfianza, el decoro, la propiedad, el examen profundo de las cosas, la larga y escrupulosa experiencia, la rectitud del raciocinio; todo esto y muchísimo más es la filosofía, si señor; y ¿hacia qué parte les caen estas prendas a estos pobretes que están pronunciando a cada momento y haciendo corcovos y aspavientos dignos del teatro de Italia, esta misera y desgraciada voz?

JUAN PABLO FORNER

PAISAJE DEL EPILOGO

Un paisaje de sábanas de lino
se columbra en la estancia. La ventana,
abierta al rosicler de la mañana,
otea por el silencio del camino.

Cuelga de un clavo el yelmo de Mambrino
que tiene en su metal una luz vana;
en la mesa reposa la tisana
junto al texto de un clásico latino.

Don Quijote revuélvese en el lecho;
un ayer que en sus carnes aún perdura,
dá a sus ojos fulgor, latido al pecho.

Y con débil palabra dice al Cura:
—Sabéis, amigo mío, que sospecho
que la razón es mi mayor locura?—

CELSO GALVAN

